

DISEÑADOS  
— PARA —  
ADORAR



DISEÑADOS  
— PARA —  
ADORAR



A. W. TOZER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Purpose of Man* © 2009 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, U.S.A. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Diseñados para adorar* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ  
P.O. Box 2607  
Grand Rapids, Michigan 49501 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1815-0

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

---

---

Introducción: A. W. Tozer: Un corazón para la adoración . . . . .	7
1. La tragedia de la depravación humana . . . . .	21
2. En busca de la identidad perdida del hombre . . . . .	37
3. El descubrimiento de la esencia del ser humano . . . . .	51
4. Las diversas rutas hacia la adoración . . . . .	63
5. ¿Religión o adoración? . . . . .	75
6. Los buscadores de la verdad . . . . .	85
7. ¿Qué fue primero, los obreros o los adoradores? . . . . .	95
8. Los elementos de la adoración genuina . . . . .	109
9. El misterio de la verdadera adoración . . . . .	123
10. La morada natural de Dios . . . . .	135
11. El derecho de Cristo a recibir adoración . . . . .	149
12. La autenticidad de la propiedad . . . . .	159
13. El Señor de nuestra adoración . . . . .	169
14. Mantengamos un estilo de vida de adoración vibrante . . . . .	179

---

---



## A. W. TOZER: UN CORAZÓN PARA LA ADORACIÓN

Durante más de cuarenta y cuatro años, Aiden Wilson Tozer trabajó con la Alianza Cristiana y Misionera. Su ministerio más destacado radica en los treinta y un años que pasó con la Southside Alliance Church de Chicago, a menudo considerada la ciudadela del fundamentalismo. Sin embargo, su ministerio trascendió los confines de una denominación, lo cual lo convirtió a él en vocero para todo el cuerpo de Cristo. Sus libros y sus artículos se leían con afán, y el público asistía con gran expectación a su ministerio como orador. Raras veces defraudaba a quienes lo conocían. Si el oyente buscaba el cristianismo formulario, Tozer le decepcionaba. Si lo que le interesaba era lo que él llamaba «el cristianismo para sentirse bien», le decepcionaba todavía más.

Durante su vida, Tozer ganó reputación por muchas cosas: como crítico del panorama religioso, predicador de renombre, editor de una destacada revista cristiana y autor de diversos clásicos devocionales. No obstante, el verdadero meollo de su vida cotidiana se centraba en la adoración a Dios. No había nada más que ocupase su mente y su vida. Esa adoración a Dios no era un añadido a una agenda apretada; se convirtió en la mayor pasión de su vida. Todo giraba en torno a su adoración personal a Dios.

## La adoración como estilo de vida

Tozer pagó un precio por su estilo de vida de adoración. Muchas personas, incluso en su propia familia, no lo comprendían ni asimilaban su insistencia en estar a solas. Algunos incluso lo consideraban un tanto excéntrico; pero lo que otros pensarán de él no le inquietaba lo más mínimo. Su objetivo primario era la adoración a Dios. No había nada más importante que eso.

Para apreciar el ministerio de Tozer, usted debe entender su pasión por la adoración. Si no es así, es probable que malentienda no solo sus palabras, sino también sus actos. Él estaba totalmente volcado en esta actividad solemne, a la que se dedicaba con toda la pasión que tenía. Las ideas de Tozer sobre la adoración se habían condensado en una certeza que dominaba su vida y su ministerio. Tal como explicaba Tozer: «La adoración consiste en sentir en su corazón y expresar de un modo adecuado una sensación, humilde pero encantadora, de asombro, admiración y sobrecogimiento, y de amor irrefrenable en presencia del Misterio más antiguo, esa majestad a la que los filósofos llaman la Causa Primera, pero a la que nosotros llamamos nuestro Padre celestial».

Tozer marchaba al son de un tambor distinto, pero no por ser simplemente un rebelde. Puede que eso tuviera un cierto peso en su vida, pero el factor principal era su entrega absoluta a Jesucristo. La familia, los amigos e incluso el ministerio tenían que ocupar una segunda posición frente a este anhelo que él sentía. Quizá su ensayo «El santo debe caminar solo» explique hasta cierto punto su idea de lo que era la verdadera espiritualidad. Su punto de referencia en la vida era la persona de Jesucristo, y haría todo lo que estuviera en su mano para verlo con mayor claridad.



Toda su energía espiritual y toda su disciplina iban encaminadas por esa singular vía. En consecuencia, y en cierta medida, era una persona de trato difícil, no porque fuera exigente o irascible, sino sencillamente porque estaba concentrado en Dios.

En ocasiones se sentaba a cenar con su familia, sobre todo cuando sus hijos ya habían abandonado el hogar, y no pronunciaba una sola palabra. No es que estuviera enfadado con alguien; estaba centrado en Dios y no interrumpía esa concentración ni siquiera para tener comunión con su familia o sus amigos. Tozer no dedicaba mucho tiempo a pulir sus habilidades para socializar, lo cual era, posiblemente, una debilidad flagrante de su carácter. Sin embargo, realizar la obra que él creía que Dios le había encomendado le exigía pasar mucho tiempo alejado de otras personas y encerrado a solas con Dios.

Tozer cultivaba diariamente su capacidad de centrarse en el Señor. Esto apaciguaba su corazón, y de esa calma nacía la adoración y la alabanza para el Dios trino.

A menudo, durante una prédica, Tozer parecía preocupado. No dejaba de meditar sobre algún aspecto de Dios. Una vez afirmó que soñaba con Él; hasta tal punto sus pensamientos se centraban en la Deidad. Aunque tenía bastantes conocimientos sobre diversas materias, y poseía opiniones firmes sobre muchas de ellas, al final de su vida Tozer definió aún más su relación con Dios y dejó a un lado cualquier otro asunto que no fuera la adoración.

Tozer compartió generosamente las lecciones que había aprendido sobre la adoración con todos los que quisieran escucharlo. Sus prédicas y sus escritos eran las declaraciones diáfanas de lo que experimentaba en sus encuentros privados con Dios. Al salir de su burbuja de oración, empapado de la fragancia de

la Presencia divina, estaba ansioso por informar de todo lo que había experimentado. Tras uno de estos sermones durante su ministerio en Chicago, un miembro de la congregación observó: «Ha superado a David».

## Un mensaje para las generaciones

Pocos escritores llegan hasta la esencia de un tema con la misma rapidez que Tozer. Rehuía las cosas triviales, concentrándose en aquellos ingredientes importantes para el caminar con Dios del creyente. En este libro, desnuda su alma sobre la adoración, la máxima obsesión de su vida. Aunque son muchos los que han escrito sobre este tema, creo que Tozer los supera a todos por su enorme pasión y su propósito supremo. Después de leer este libro, usted no solo comprenderá la adoración, sino que también la experimentará en su propio ser.

Es posible que no siempre esté de acuerdo con él, pero siempre sabrá qué cree y por qué. Él nos dice: «Esta será la mejor enseñanza de mi ministerio, compararme conmigo mismo». Los mensajes subsiguientes demuestran que Tozer era el profeta que sugería su reputación. «Quiero exponer a las personas mi alma como profeta de Dios, explicándoles por qué fuimos creados y por qué estamos aquí, no para satisfacer el apetito inmediato, sino para un propósito mayor, más importante y eterno: que podamos adorar a Dios y disfrutar de Él para siempre».

A lo largo de este libro, el Dr. Tozer expone sistemáticamente su enseñanza sobre un tema que le era muy querido. En ningún otro lugar, hallaremos una tesis más desarrollada sobre la adoración, que nace de una pasión santificada. Tozer fue uno de los primeros, dentro de los círculos evangélicos, en llamar la

atención sobre esta doctrina bíblica olvidada. Emitió un llamado inequívoco a los cristianos, para que recuperasen su primer amor. Ahora que el péndulo ha llegado al otro extremo dentro de la Iglesia evangélica, estas enseñanzas son tan necesarias como lo fueron cuando Tozer las predicó.

A muchas personas les interesa el tema de la adoración, y la mayoría de los libros sobre este se centra en la tecnología y el desempeño de esta actividad. Este libro está profundamente enraizado en la doctrina bíblica y en los escritos históricos que se enfocan en la Presencia de Dios. Uno de los grandes aspectos de esta obra es el modo en que Tozer combina las Escrituras con los pensamientos de algunos de los grandes escritores devocionales de la historia. Muchos los definen como místicos, y Tozer es el responsable de haber presentado estos grandes santos a los protestantes y a los evangélicos. El libro está bien sustentado por los pensamientos de esos grandes santos del pasado y por sus escritos inspirados por el Espíritu.

Un estudio profundo del ministerio de Tozer nos llevará a la sencilla conclusión de que este no se limitaba simplemente a redactar sermones, artículos y editoriales. Siempre tenía algo importante que informar. Todo su ministerio se caracterizó por este particular. Creía firmemente que su labor debía nacer de una vida de adoración. Toda obra que no nazca de la adoración es inaceptable para Dios. Y, después de todo, al que intentamos complacer es a Dios, no al hombre.

A lo largo de su dilatado ministerio, Tozer jamás se involucró en cuestiones sociales o políticas. No es que no tuviera una opinión sobre esos temas, porque sí la tenía. Estaba convencido de que su responsabilidad estribaba en aferrarse a las grandes cuestiones esenciales de la vida. Por eso sus escritos son hoy tan

frescos y relevantes como cuando se publicaron por primera vez. Él creía que algunas cosas no cambian jamás, independientemente de la generación. Se aferró a esos aspectos fundamentales; y usted puede respaldar lo que dice Tozer o aborrecerlo. Mientras otros ministerios se involucraban en temas políticos, Tozer se contentó con predicar a Dios.

En este libro sobre la adoración, el propósito de Tozer es doble: manifestar sus pensamientos sobre un tema muy cercano a su corazón e inspirar a otros para que cultiven un espíritu adorador en la vida cotidiana. Tozer echa un cimiento sólido, y cuando una persona haya leído este libro, podrá desarrollar un estilo de vida de adoración que domine su existencia. Nadie que lea este libro de principio a fin será igual que antes, sobre todo en lo relativo a su adoración personal de Dios.

A menudo, cuando estaba con ánimo reflexivo, Tozer confiaba a un amigo: «Mi ambición es amar a Dios más que cualquier otro de mi generación». Sin que importe lo que quería decir con eso, es evidente que sentía una pasión por Dios que controlaba toda su vida. Existen evidencias que sugieren que alcanzó este objetivo mucho más de lo que él imaginaba.

El primer libro que escribió que llamó la atención del público cristiano fue *La búsqueda de Dios*. El último fue *El conocimiento del Santo*. Tozer vivió entre esos dos libros. *Vivió* una vida de adoración, y no había nada más que le importase. Sacrificó a su familia, a sus amigos y su reputación en su búsqueda de Dios.

La crítica que hizo Tozer del entretenimiento dentro de la Iglesia le granjeó muchos enemigos. En ocasiones, su extrema consideración de la adoración lo llevaba a criticar sin piedad. La adoración debía ser pura, y las cosas de este mundo no podían mancillarla. Desde su punto de vista, adoración y mundo eran

conceptos opuestos. Cuando alguien sugirió que cantar un himno era un tipo de entretenimiento, Tozer se enfureció. Algunas de sus denuncias más elocuentes siguieron este derrotero. Le preocupaban, como era justo, la invasión de la mundanalidad en la Iglesia y su efecto sobre los cristianos. En especial, se mostraba inconmovible sobre los métodos evangelísticos modernos que muchos defendían. Consideraba que rebajaban los estándares de la Iglesia, y era enemigo acérrimo de ellos.

En ocasiones sus comentarios son duros, motivados por su profundo amor por la Iglesia y la comunión del pueblo de Dios. No soportaba la idea de que se rebajase el mensaje o el espíritu del cristianismo neotestamentario. Creía firmemente que la Iglesia de Jesucristo tenía un mensaje viable para el mundo, y quería hacer lo posible para que ese mensaje no se mezclase ni diluyese. Los tiempos difíciles requieren medidas extremas, y Tozer sentía que la Iglesia se estaba alejando de esas medidas, adaptándose al mundo que la rodeaba.

Describió acertadamente su filosofía al afirmar: «Creo que todo está mal hasta que Dios lo endereza». Ese fue su punto de partida y, desde él, proclamó la libertad por medio del Señor Jesucristo.

## El entretenimiento en la Iglesia

Una vez Tozer escribió un folleto, «La amenaza de la película religiosa», en el que plantea con una lógica irresistible su convicción sobre el asunto del entretenimiento en la Iglesia. Sus opiniones están firmemente asentadas en principios bíblicos. El mensaje no debe ser lo único que complazca a Dios, sino también los métodos usados para transmitirlo, que

deben ser compatibles con el carácter y la naturaleza divinas. Constantemente ridiculizó la idea de que «los nuevos tiempos exigen nuevos métodos».

Para entender plenamente la crítica de Tozer al entretenimiento, debemos examinar su concepto de la adoración. Él creía firmemente que el entretenimiento socavaría la adoración cristiana y pondría en peligro a la Iglesia, una idea que le resultaba espantosa. La integridad de la Iglesia, como Tozer la entendía, corría el peligro de hacer concesiones mediante la introducción de «cosas» en el santuario. Sus ideas sobre la música, la oración, el evangelismo y las misiones nacieron del imperativo de adorar dentro de la comunidad cristiana.

## El legado espiritual de Tozer

El legado de Tozer se encuadra en el área de la *majestad de Dios*. Hiciera lo que hiciese, su deseo supremo era exaltar al Señor Jesucristo con la mayor sencillez posible. Intentó exponer a su generación la importancia de ciertas virtudes, como la sencillez y la soledad, y llamar la atención de los jóvenes predicadores —sobre los que tenía una gran influencia— para apartarlos del fingimiento, la hipocresía y toda infiltración mundana en la política de la Iglesia. Tozer recomendaba pasar un tiempo a solas con la Biblia y con un himnario. Su intimidad con Dios hizo que su ministerio fuera lo que fue y que aún hoy se recuerde.

Otro aspecto importante de su legado es su *perspicacia espiritual*. Tozer percibía hasta tal punto la naturaleza de las cosas que para él era una carga. Una vez dijo que si uno quiere ser feliz, no debe pedir discernimiento. Tozer tenía el don del discernimiento espiritual. Podía ver más allá de los hechos presentes, al

resultado inminente de los años venideros. Veía que, si la Iglesia evangélica de su tiempo seguía transitando por el mismo camino, pronto sufriría graves problemas espirituales. Su mensaje fue siempre el de volverse a Dios a pesar de los inconvenientes o del precio por pagar. Urgía a las iglesias a olvidarse de las técnicas de Madison Avenue, las estrategias del mundo y sus programas y prioridades. Abogaba por una vida de sacrificio, negación de uno mismo y servicio a Cristo.

Durante su vida, Tozer fue ampliamente reconocido como vocero de Dios. Su perspicacia en cuestiones espirituales era penetrante y precisa. Muchos lo leían, pero pocos lo seguían. Quienes se atrevieron a hacerlo descubrieron, para su deleite, realidades espirituales que sobrepasaban a todo lo que pudiera ofrecer este mundo. Una vez experimentadas, es difícil regresar al hastío religioso del cristiano medio.

Habitualmente, Tozer dirigía su ministerio al cristiano normal. Los cristianos de a pie, sentados en sus bancos, podían comprender su mensaje, pero al cristiano medio, que se deleitaba en la mediocridad, no le gustaban sus declaraciones y su ardor espiritual. Una vez dijeron que san Agustín, obispo de Hipona, era un cristiano radical. Lo mismo podría decirse de A. W. Tozer.

En sus oraciones, Tozer nunca fingió una postura santurrona, sino que mantuvo un sentido constante de Dios que lo sumergía en la reverencia y en la adoración. Su ejercicio diario era la práctica de la presencia de Dios, al que buscaba con todo su tiempo y sus fuerzas. Para él, Jesucristo era una maravilla cotidiana, una sorpresa recurrente, un asombro constante de amor y de gracia.

Tozer escribió una vez: «Si usted se especializa en conocer a Dios y cultiva un sentido de su presencia en su vida diaria, y hace

lo que aconseja el Hermano Lawrence, “practicar la presencia de Dios cada día”, y busca el conocimiento del Espíritu Santo en las Escrituras, habrá recorrido un largo camino en el servicio a su generación. Nadie tiene derecho a morir hasta que haya servido a su generación».

Para Tozer la doctrina correcta no era suficiente. Le encantaba decir: «Usted puede ser teológicamente tan recto como un cañón de escopeta, pero estar espiritualmente tan vacío como él». Su énfasis recayó siempre en una relación personal con Dios; una relación tan real, tan personal y tan irrefrenable que cautivase por completo la atención de una persona. Anhelaba lo que él definía como un alma consciente de Dios, un corazón ardiente para Él.

La falta de espiritualidad entre los hombres y las mujeres modernos es vergonzosamente flagrante. Tozer atacó una de las causas primordiales. «Estoy convencido —dijo— de que la escasez de grandes santos en nuestra época, incluso entre aquellos que creen de verdad en Cristo, se debe en parte a nuestra falta de disposición para dedicar tiempo suficiente a cultivar el conocimiento de Dios». Luego pasó a ampliar esta idea. «Nuestras actividades religiosas deberían ordenarse de tal modo que dejaran mucho tiempo para cultivar los frutos de la soledad y el silencio».

Hubo momentos en que nadie compartió la opinión de Tozer sobre determinados temas, pero eso no le intimidó en absoluto. Nunca se preocupó por saber quién estaba con él o no; lo que le interesaba era la verdad. Era valiente en su crítica, lo cual le granjeaba enemigos con bastante rapidez. Una vez criticó una traducción de la Biblia muy popular: «Al leer esta nueva traducción, me embargó la misma sensación que podría tener un hombre si intentara afeitarse con un plátano».



Las personas seguían expectantes el ministerio de Tozer, sabiendo que gracias a él escucharían antiguas verdades revestidas de frescura y, en ocasiones, algunas expresiones desconcertantes. Una vez Tozer dijo: «Hace unos años oré a Dios pidiéndole que aguzase mi mente y me capacitara para recibir todo lo que quisiera decirme. Luego le pedí que ungiere mi cabeza con el óleo de la profecía, de modo que pudiera transmitir su mensaje a su pueblo. Puedo asegurarles que esa oración me ha costado muchos esfuerzos desde aquel momento».

Raymond McAfee, ayudante de Tozer durante más de quince años, se reunía con él en su estudio cada martes, jueves y sábado por la mañana, y pasaban media hora orando. A menudo, cuando McAfee entraba, Tozer le leía en voz alta algo que hubiera estado leyendo, que podía ser un texto de la Biblia, un himnario, un devocional o un libro de poesía. Luego se arrodillaba junto a su silla y empezaba a orar. En ocasiones, oraba con el rostro levantado; en otras, se postraba en el suelo, con una hoja de papel colocada debajo de la cara para no aspirar el polvo de la alfombra.

McAfee recuerda un día especialmente memorable. «Tozer se arrodilló junto a su butaca, se quitó las gafas y las depositó sobre la silla. Descansando sobre los tobillos flexionados, entrelazó los dedos de las manos, alzó el rostro con los ojos cerrados y comenzó: “¡Oh, Dios, estamos ante ti!”. Con esas palabras, llegó como un torbellino de la presencia divina que llenó la habitación. Ambos adoramos, maravillados y sumidos en un éxtasis silencioso. Nunca he olvidado ese momento, ni quiero hacerlo».

Cuando oraba, Tozer se aislaba de todo y de todos, y se centraba en Dios. Sus mentores místicos le habían enseñado a hacerlo. Le mostraron cómo practicar cada día la presencia de Dios. Aprendió bien la lección.

El énfasis primordial del ministerio de Tozer como predicador y escritor recayó en este área de la adoración. Para él, la adoración es la ocupación del cristiano a tiempo completo. No podemos permitir que nada interfiera o reduzca este deber sagrado del creyente. Según Tozer, todo aquello que no fluya de forma natural, o espontáneamente, de nuestra adoración, no es genuino y a las malas es fingido. A Dios sólo debemos ofrecerle obras trabajadas de oro y de plata.

Tozer, que prácticamente fue una voz aislada en su generación, subrayaba la necesidad de una reforma drástica de la adoración, tanto personalmente como en la congregación, y afirmaba que nuestras ideas sobre ella debían estar en perfecta armonía con la Palabra de Dios revelada.

Durante la década de 1950, Tozer encontró un espíritu afín en un fontanero irlandés, Tom Haire, predicador laico. Haire se convirtió en el tema de siete artículos que Tozer escribió para *Alliance Life*, titulados «*The Praying Plumber of Lisburn*» [El fontanero que ora de Lisburn], que más tarde se publicaron en forma de librito. No podía haber dos hombres más diferentes, pero sin embargo su amor por Dios y su sentido de su valor los unían.

Una vez, mientras Haire estaba de visita en Chicago, la iglesia de Tozer dedicó una reunión nocturna a ayunar y orar. Haire se unió a ellos. De madrugada, tuvo sed y salió a buscar una taza de té. Algunos miembros de la iglesia pensaron que, al hacer esto, Tom había «cedido a la carne». Tozer no estuvo de acuerdo. En ese acto, vio la hermosa libertad que Tom disfrutaba con el Señor.

Justo antes de que Haire regresase a su tierra natal, pasó por Chicago para despedirse.

—Bueno, Tom —comentó Tozer—, imagino que volverás a Irlanda a predicar.

INTRODUCCIÓN: A. W. TOZER: UN CORAZÓN PARA LA ADORACIÓN

—No —repuso Tom, con su espeso acento irlandés—. Tengo intención de cancelar todos mis proyectos durante los próximos seis meses y destinar ese tiempo a prepararme para el trono del juicio de Cristo, mientras aún tenga tiempo para hacerlo.

Esta era una actitud bastante propia del mismo Tozer.

Si este libro hace que usted caiga de rodillas sumido en una adoración penitente ante Dios, y lo incita a apartarse de esa carrera frenética que es la vida religiosa y a centrarse en su derecho de nacimiento a la adoración, valdrá con creces el esfuerzo necesario para publicarlo.

—James Snyder



# LA TRAGEDIA DE LA DEPRAVACIÓN HUMANA

*Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente, con tu gloria y con tu majestad. En tu gloria sé prosperado; cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de justicia, y tu diestra te enseñará cosas terribles. Tus saetas agudas, con que caerán pueblos debajo de ti, penetrarán en el corazón de los enemigos del rey.*

SALMO 45:1-5

En el principio, Dios creó a Adán y a Eva, y los puso en el hermoso huerto al este del Edén. Solo tenemos un pequeño atisbo de la belleza de aquel mundo misterioso y maravilloso. Lo único que sabemos es que Dios lo creó y luego dijo: «Es bueno». Esto nos indica que toda la creación estaba en una armonía perfecta con Dios, y que cumplía su propósito ordenado.

Quizá sería correcto sugerir que muchas personas, sumidas en su búsqueda frenética de la vida, han olvidado el propósito de su creación, desde el punto de vista de Dios. Recuerde que todo

lo que Él creó lo hizo según su propia voluntad (véase Ap. 4:11). Albergar la idea de que Dios haga algo por capricho o sin propósito supone malinterpretar por completo su naturaleza.

Después de que Dios hubo creado todo lo demás, dijo con una sonrisa en el rostro: «Haremos al hombre». Inclínándose, tomó la arcilla del lecho del río, le dio forma y la trabajó como una niñera que se inclina sobre un bebé. Dio forma al hombre y sopló en su nariz el aliento de vida, y este se convirtió en un alma viviente. Dios puso al hombre sobre sus pies y le dijo: «Mira a tu alrededor. Todo lo que ves es tuyo. Y mírame a mí, que también lo soy. Yo te miraré y veré en tu rostro el reflejo de mi propia gloria. Esa es tu razón de ser, por eso fuiste creado, para que me adores, disfrutes de mi presencia, me glorifiques y yo sea tuyo para siempre».

Luego Dios hizo caer sobre Adán un sueño profundo y de su costilla formó a la mujer, a la que Adán llamó Eva. Juntos fueron creados con un propósito.

El propósito de Dios al crear a Adán y Eva se resume en qué podían hacer ellos para Dios que ningún otro ser de la creación podía hacer. Eran exclusivos de Dios, y no compartían esa exclusividad con ningún otro ser de toda la creación. A diferencia de todo lo demás en este mundo místico y maravilloso que es la creación de Dios, Adán y Eva podían adorar al Creador, y Él anticipaba esa adoración. En el frescor de la mañana, Dios descendía y caminaba con Adán y Eva en el huerto del Edén, donde ellos le ofrecían gozosamente su reverencia y su adoración. En ninguna parte leemos que Dios descendiera y se abrazara a un árbol, o que caminase con algún animal o planta de los que había creado; tampoco hablaba con ninguno de los animales. Solo Adán y Eva podían ofrecer a Dios la comunión que Él deseaba. Este era su propósito único, que nada más en la creación de Dios compartía.

Pensando en aquellas ocasiones en que el Señor caminaba con ellos en el frescor del día, en el huerto, me pregunto de qué hablaban. El clima era ideal; Adán y Eva disfrutaban de una salud perfecta, y aún no se habían inventado los deportes. Obviamente, era una comunión fundamentada en la compatibilidad de ambas partes. Algo que había en el hombre respondía a la presencia de Dios como no podía hacerlo nada más de toda la creación divina. Dios creó al hombre a su imagen, y de ahí nació la dinámica maravillosa de la adoración. El propósito único de Adán y Eva en el huerto era el de proporcionar a Dios placer, alegría y comunión, que son el fundamento de toda adoración genuina.

Todo lo que había en el huerto mantenía una armonía y una simetría perfectas. Hasta que Dios se apartó por un momento y, mientras estuvo ausente, aquel ser antiguo y maligno, el dragón llamado Satanás, vino y sembró en las mentes de Adán y de Eva una semilla venenosa. En consecuencia, ellos se rebelaron contra Dios y contra su propósito para ellos. Cuando cruzaron aquella frontera, inmediatamente Dios supo que la comunión se había roto, pues Él sabe todas las cosas.

## La religión de la hoja de higuera

Además, a Adán y a Eva les invadió una sensación terrible de desorientación, que dio como fruto la amnesia espiritual. Se miraron por primera vez y se vieron bajo una luz distinta. Vieron su desnudez y, sumidos en un estado de desorientación espiritual, recolectaron hojas de higuera para ocultarla. Así nació la religión: la religión de la hoja de higuera. La religión siempre se centra en lo externo, y Adán y Eva estaban obcecados en su

condición externa. Habían perdido el foco de su hermosura y su propósito internos, y ya no satisfacían los criterios de comunión con su Creador.

Cuando Dios descendió, como era habitual, para tener comunión con ellos, Adán y Eva no estaban por ninguna parte. Dios los buscó entre los árboles del huerto y llamó a Adán: «¿Dónde estás tú?».

Dios llamó a aquel hombre que había huido de Él y se había ocultado entre los árboles del huerto. Adán escuchó la voz del Señor en medio del frescor del día, como siempre, pero se sintió confuso. ¿Por qué venía Dios al oriente del Edén? ¿Qué hacía allí? Había acudido para pasar su tiempo habitual con Adán, cuando este debía adorarlo, admirarlo y estar con Aquel que lo había creado.

Adán, avergonzado, salió casi a rastras de detrás de uno de los árboles.

Dios le preguntó:

—¿Qué has hecho?

Adán, acongojado, contestó:

—Comimos del fruto prohibido —y luego, para justificar su acto, agregó—, pero me lo dio la mujer que tú me diste.

Dios se volvió a la mujer.

—¿Qué has hecho?

Inmediatamente, ella echó la culpa a la serpiente.

Ya habían aprendido a culpabilizar a otros por el estado de su alma. Este acto de echar la culpa a otros por todas nuestras iniquidades es una de las grandes evidencias del pecado y es el precursor de la religión.

Sucedió algo que alteró todo el escenario, arrebatando a la humanidad el conocimiento de Dios. Adán y Eva, en aquel



entorno perfecto y con el propósito exclusivo y supremo de adorar a Dios, se rebelaron contra ese propósito, lo cual dio como resultado lo que los teólogos llaman la Caída del hombre o la Depravación.

Nuestro mundo está plagado de tragedias debido a esta enorme y aplastante tragedia cósmica en el Edén. En nuestra sociedad contemporánea, aún se dejan sentir sus repercusiones.

La pregunta acuciante que demanda una respuesta es: ¿Cuál fue la consecuencia trágica de esta Caída? ¿Por qué es importante para nosotros hoy y por qué deberíamos reflexionar sobre ella?

Algunos dicen que la Caída es la fuente de todos los problemas que han plagado a la humanidad a través de los años. Algunos señalan como resultado de ella la proliferación de las enfermedades. Otros se centran en todo ese odio que ha infectado a la humanidad a lo largo de los siglos: nación contra nación, reino contra reino y holocaustos que han sucedido periódicamente a lo largo de la historia. Ninguna generación ha escapado a ese odio y a esa ira. Sin embargo, estos efectos a corto plazo son una mera consecuencia que no representa la verdadera tragedia de la Caída.

## La pérdida de propósito

¿Cuál fue la auténtica tragedia de aquella espantosa ruptura cósmica que afecta a la humanidad por siempre? La verdadera tragedia en el huerto del Edén fue que Adán y Eva perdieron su propósito. Olvidaron quiénes eran. No sabían dónde estaban; no comprendían de dónde venían ni para qué estaban allí. Olvidaron el propósito de su existencia. Aunque hubieran hecho lo posible para desprenderse de aquella niebla espiritual,

hubieran visto que no podían; porque, hicieran lo que hiciesen, no se disipaba. Por consiguiente, tomados de la mano, hicieron su salida al mundo, sin saber adónde iban. La humanidad sigue vagando en este páramo moral y espiritual.

Padecieron lo que yo llamo amnesia espiritual. Su laberinto espiritual queda ilustrado, como suele pasar, en el mundo físico. Un hombre se despierta en un hospital y descubre que ha estado en coma una semana. No sabe cómo llegó allí ni por qué. No sabe dónde está; de hecho, no recuerda ni su nombre. Le dicen que hace una semana se encontró con unos ladrones que le dieron una gran paliza y le robaron todo, incluso su identidad. Le arrebataron todo lo que podía decirle quién era o por qué estaba en esa ciudad. Los médicos le diagnosticaron amnesia. Es un verdadero problema, porque aquel hombre no tiene un solo recuerdo de lo que le sucedió. Ha perdido toda perspectiva de su vida y ni siquiera sabe su nombre, lo cual le hace vulnerable frente a personas que no conoce.

Esta crisis de identidad es un trastorno grave y, afortunadamente, para muchas personas solo es temporal. Gracias al trabajo presto y a la ayuda paciente del equipo médico, el individuo puede recuperar la memoria. Pero hasta que lo consiga, ha perdido todo propósito en su vida y depende de otros para que le ayuden a definirlo.

Esto es lo mismo que sucede en la esfera espiritual. Como el enemigo de la humanidad los ha golpeado y les ha robado su identidad, los hombres y las mujeres vagan por el mundo sumidos en una niebla moral y espiritual, sin saber quiénes o qué son, o adónde van.

Ahí es exactamente donde se encuentra hoy el ser humano. Padecemos una extraña amnesia espiritual y no logramos recor-

dar quiénes somos o por qué estamos aquí. Buscamos a nuestro alrededor una explicación de nuestra existencia. Lamentablemente, los hombres y las mujeres que padecen este problema buscan respuestas en cualquier persona que les ofrezca una esperanza. Con demasiada frecuencia obtienen respuestas equivocadas de quienes poseen la integridad menos creíble de todas, por no mencionar sus propósitos retorcidos.

Pregúntele a un licenciado universitario joven:

—Bob, ¿por qué estás aquí?

—Quiero casarme. Me gustaría ganar dinero y también viajar.

—Pero escucha, Bob, esas son metas cortas de miras. Una vez las alcances, envejecerás y morirás. ¿Cuál es el propósito importante que gobierna tu vida?

Con una mirada de extrañeza, es posible que Bob responda:

—No sé si tengo algún propósito en la vida.

Esta es la condición en que se encuentra actualmente el mundo, en cualquier lugar, en toda cultura. Desde las universidades hasta las minas de carbón, las personas no saben por qué están en este mundo. Padecen una amnesia moral y espiritual extraña, y no conocen el propósito de su vida, por qué fueron creados o qué los han enviado a hacer. En consecuencia, sus vidas están llenas de confusión, y buscan explicaciones donde sea; esto demuestra la proliferación de religiones en nuestro mundo. La religión solo aborda el estado externo del hombre, no su confusión interna.

A pesar de esta confusión, intentamos seguir adelante como sea. Viajamos, jugamos al golf, conducimos coches, comemos, dormimos, contemplamos cosas hermosas; pero todos estos son aspectos insatisfactorios de nuestra vida.

El enemigo del alma humana ha saboteado con éxito esta búsqueda de identidad moral y espiritual. Hace todo lo que esté en su mano poderosa para impedir que descubramos quiénes y qué somos. Desafiante, conociendo nuestro propósito, se sitúa ante nosotros y nos reta a cruzar su línea. Ofrece todo lo que queramos para impedir que encontremos la solución correcta. Lamentablemente, tiene muchos seguidores.

¿Dónde podremos encontrar una respuesta a este dilema? ¿Qué autoridad de este mundo puede llevarnos a una comprensión de por qué estamos aquí?

Afortunadamente para nosotros, la Biblia es esta autoridad y nos explica por qué estamos aquí.

## El propósito recuperado

Deseo liberar mi alma como profeta de Dios y explicar, basándome en la Biblia, por qué fuimos creados y estamos aquí. Puede que no satisfaga las necesidades temporales, pero sí algo mayor, de mayor importancia y eterno. *Este propósito, definido bíblicamente, es que adoremos a Dios y disfrutemos de Él para siempre.* Aparte de esto, el hombre no tiene propósito; y sin este, deambula de un lado a otro, sumido en la desorientación espiritual que cada vez le obstaculiza más descubrir el propósito para el que fue creado.

Dios nunca hace nada sin un buen propósito. Él es inteligente, porque el intelecto es un atributo de la deidad. Este intelecto se aprecia en todos los aspectos de la creación. Nada de lo que hay en ella carece de significado, incluso aunque en ese momento no lo veamos ni lo comprendamos.

En lo más hondo del corazón de toda persona, existe el anhelo insaciable de conocer este propósito de la vida que, según

afirmo yo, es indicativo del residuo del recuerdo anterior a la Caída en el huerto del Edén. Los hombres y las mujeres luchan por conocer el «porqué» de todas las cosas. Manifiestan una inquietud constante y legítima, y plantean una pregunta elemental que exige una respuesta satisfactoria. El problema es que la mayoría de las personas obtiene la respuesta equivocada.

Sin embargo, existe una respuesta buena y legítima a esta búsqueda; se resume en el siguiente versículo: «Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto... Y desearé el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor» (Sal. 45:1, 11).

Y podría adentrarme incluso más en los Salmos: «Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor» (Sal. 95:6), y el Salmo 96.

Además de esto, podría recurrir a muchos otros pasajes de las Sagradas Escrituras que dirigen a toda la humanidad un llamado a la adoración. Es el eco de la voz de la adoración, que nos dice por qué nacimos: para adorar a Dios y disfrutar de Él para siempre. Nos informa que debemos glorificarlo para siempre y, por encima de toda otra criatura, conocer, admirar, amar y adorar al Dios trino. Hemos de dar al Señor aquello que desea.

En nuestra Biblia, leemos sobre aquellos que adoran a Dios día y noche en el templo, y nunca cesan de cantar: «...Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Is. 6:3).

Comparemos esto con la iglesia promedio, corriente y moliente, incluso la Iglesia evangélica actual, que parece amar cualquier otra cosa, menos la adoración. Hoy día, lo que pasa por adoración en muchas iglesias es cualquier cosa menos lo que refleja la mente y la naturaleza sagradas de Dios, o lo que le agrada. En muchos casos, la adoración es envarada y artificial,

carente de todo aspecto de vida. Me temo que muchos han olvidado del todo lo que significa adorar a Dios en la sagrada asamblea. Encontramos montones de rituales y de rutinas, pero carecen de la pasión arrolladora que conlleva estar en la santa presencia del Padre.

Algunos dicen que la respuesta a todas nuestras dificultades en la Iglesia actual es el avivamiento, como si este fuera la panacea para todos nuestros problemas y fracasos espirituales. Sin embargo, el concepto de avivamiento que tienen muchas personas pasa por toda una gama de reuniones semanales, hasta llegar a una manifestación muy enérgica de sentimentalismo. ¿Qué es el auténtico avivamiento? Es aquel que ha alterado el curso de la historia humana. A lo largo de la historia de la Iglesia, todo avivamiento dio como resultado una intensificación repentina de la presencia de Dios, que a su vez generaba la adoración espontánea a Él. Cualquier cosa que sea menos que esto es superficial, artificial e incluso perjudicial para la verdadera salud espiritual.

Cuando el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés, ¿por qué los creyentes comenzaron a hablar en otras lenguas? Fue porque justamente adoraban a Dios por primera vez. La adoración intensiva brotó de sus corazones de forma inesperada. No fue nada planeado ni perpetrado por algún «líder de alabanza». Dios estaba en medio de ellos. Siempre que el Espíritu Santo se mueve, lanza un llamamiento al pueblo de Dios para que sean adoradores del Dios Altísimo por encima de cualquier otra cosa. No importa qué otras cosas haga el avivamiento, este debe restaurar el propósito y el significado de ser adoradores.

En el mundo creado por Dios, nada carece de significado o de propósito. La ciencia intenta descubrir el sentido de las cosas y la relación de unas con otras, sus interacciones y sus efectos

mutuos. Esto es la ciencia, y yo no tengo nada contra ella. No obstante, la ciencia y los científicos solo tratan las cuestiones a corto plazo y nunca tienen el propósito global de estudiar al hombre como ser creado a imagen de Dios.

Es cierto que la ciencia ha hecho grandes progresos para erradicar algunas enfermedades que en generaciones anteriores arrebataron miles de vidas. Por este motivo, inclinamos con respeto la cabeza y le manifestamos nuestra gratitud más sincera.

Admito que la ciencia, sobre todo la médica, ha introducido grandes mejoras en nuestra calidad de vida. Pero incluso esta faceta tiene sus limitaciones. La ciencia puede librar a un niño de la difteria; salvar a un adolescente de la viruela; evitar que un hombre de veinte años contraiga polio; impedir que un hombre de cincuenta padezca un ataque al corazón y preservar su buena salud hasta los noventa años. Pero la pregunta que planteo es: si ese hombre aún no sabe por qué está aquí, ¿de qué le sirve?

Si no sabe por qué está en este mundo ni cuál es su propósito, lo único que hace la medicina es perpetuar una vida carente de dirección o de significado. Si una persona vive solo porque es una alternativa mejor que morir, ¿de qué sirve?

Alguien dijo sobre Cristóbal Colón: «Colón zarpó sin saber adónde iba; y cuando llegó no sabía dónde estaba; y cuando regresó ignoraba dónde había estado, y encima lo hizo todo con el dinero de otros».

Esto es lo que pasa hoy con la religión. Las personas no saben dónde están ni dónde han estado; no saben por qué están aquí ni tampoco adónde van; y lo hacen todo con el tiempo de otro, con dinero y pensamientos prestados, hasta que mueren. Es posible que la ciencia pueda ayudarle a usted, pero en este caso es impotente. La ciencia puede mantenerlo con vida para

que tenga más tiempo para pensar en todo esto, pero nunca le ofrecerá la respuesta a cuál es el propósito de su vida.

Cuando yo tenía diecisiete años, me relacioné con un grupo determinado de personas. No eran personas con estudios y mucho menos científicos. Eran cristianos sencillos, santos y místicos, y los Hermanos de la Vida Común. Eran pueblo de Dios, y tenían una visión del mundo más sencilla y hermosa que cualquier científico. No sabían mucho, desde luego no tanto como un científico, pero sí sabían por qué estaban en el mundo y adónde iban. Celebraban el propósito de su vida adorando a Dios de una forma entusiasta y sin reparos.

Supongamos que yo visitara una universidad y me reuniera con un famoso doctor en filosofía. Yo no sabría ni la mitad de las cosas que él. Sin embargo, si me encontrase con él en el centro de una ciudad, mientras ambos paseamos, y él no supiera dónde está, sobre ese tema yo sabría más que él.

Es posible que él me parase para preguntarme, de una forma muy culta:

—¿Dónde estoy?

Yo podría decirle:

—Entre Hamilton y Vineland.

—Gracias —respondería él. Yo sonreiría para mis adentros y pensaría: *No he estudiado en Alemania ni tengo todos los títulos de este señor, pero sé más que él sobre una cosa. Sé dónde estoy, y él no.*

Leí la obra de Albert Einstein sobre la cuarta dimensión y jamás pude entenderla. Dejé de intentarlo, pero me gusta saber algo que Einstein no sabía. Sé por qué estoy aquí. Pertenezco a esa comunidad de cristianos sencillos que creen en un libro llamado la Biblia, que dice: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1).



Dios hizo al hombre a su propia imagen y sopló en él aliento de vida, para que viviera en su presencia y lo adorase. Luego envió al hombre al mundo para que se multiplicase y llenara la tierra de hombres y mujeres que adorasen a Dios en la hermosura de su santidad. Este es nuestro propósito supremo.

Yo no camino por ahí con la cabeza gacha, con aspecto triste, porque alguien haya escrito más libros que yo, sepa más o haya recibido una educación durante más tiempo que yo. Tengo un pequeño secreto: puedo decirle por qué nací, por qué estoy aquí y cuáles serán mis obligaciones eternas mientras transcurran los siglos.

Las personas sencillas a las que tanto admiro dicen que Dios creó las flores para que el hombre pudiera disfrutar de ellas. Dios creó las aves cantoras para deleite del hombre. Sin embargo, a ningún científico lo oiremos jamás admitir algo tan sencillo. El científico tiene que encontrar algunos motivos complicados sobre qué significa todo esto. El problema es que Dios nunca es su punto de partida.

El científico objetaría, diciendo: «Dios no creó las aves para que canten. El único que canta es el macho de cada especie, y solo lo hace para atraer a una hembra con la que reproducirse. Eso no es nada más que un hecho biológico, y punto».

Yo pienso: *¿Y por qué las aves no podrían limitarse a trinar o algo parecido? ¿Por qué los pájaros tienen que cantar tan bello como el sonido de un arpa? ¿Por qué su canto es tan hermoso?* Porque el Dios que los creó es el compositor del cosmos. Él los hizo, puso un arpa en sus pequeñas gargantas, los vistió de plumas y les dijo: «Ahora, a cantar». Y, para mi deleite, las aves llevan cantando desde entonces.

Creo que Dios hizo los árboles para que diesen fruto; pero el científico se encoge de hombros y dice: «Ya están con lo mismo

esos cristianos. Qué pandilla de ilusos. Los árboles no dan fruto solo para ustedes, sino para que produzcan semillas y puedan dar más fruto».

Dios hizo los frutos, los bendijo y nos dijo que nos sirviéramos. Dios también hizo los animales del campo para vestir a los seres humanos, como las ovejas que nos dan la lana, para que podamos disfrutar de un hermoso jersey que nos proporcione calor en invierno. Dios creó al humilde gusano de seda japonés, que vive en las moreras, para que tejiera su capullo y elaborase la seda.

A lo largo de la Biblia, los profetas y los apóstoles son testigos de que Dios nos creó con un propósito y, según ellos, este consiste en cantar sus alabanzas ante el público silencioso de toda la creación. Dios creó al gusano de seda para elaborar seda; al ave para que cantase; a la oveja por su lana. Todo en la creación de Dios tiene un propósito.

Contemplando al hombre al que creó, Dios dijo: «He hecho al hombre a mi semejanza, y él estará por encima de todas las demás criaturas». El propósito supremo del hombre debe estar por encima de las bestias de la tierra, las aves de los cielos y los peces del mar, incluso por encima de los ángeles celestiales. En última instancia, el hombre debe entrar en la presencia de Dios y adorarlo sin ninguna vergüenza, mirando su rostro mientras transcurren las eras. Por eso fue creado el hombre, y ese es el fin primordial de la humanidad.

Aparte de esto, no tengo idea de por qué estamos aquí. Dios le dio a usted un arpa y la puso en su propio corazón. Él lo creó para que pudiera ponerse de pie y encantar al resto del universo mientras entona alabanzas al Señor Jesucristo. Por eso fuimos creados a su imagen.

Podemos cantar junto a Isaac Watts:

Venid, nuestras voces alegres unamos  
al coro celeste del trono en redor.  
Sus voces se cuentan por miles de miles,  
mas todas son una en su gozo y amor.  
«Es digno el Cordero que ha muerto —proclaman—,  
de verse exaltado en los cielos así».  
«Es digno el Cordero —decimos nosotros—,  
pues él por su muerte nos hace vivir».

---

### Oración

*Señor Dios, durante años hemos caminado sumidos en un estado de amnesia espiritual, sin saber quiénes somos, de dónde venimos o cuál es el propósito de nuestra vida. No sabíamos que estábamos hechos a tu imagen, con el único propósito de adorarte. Nuestra vida ha estado vacía, ha sido inútil. Pero Cristo, por medio de la obra del Espíritu Santo, nos abrió los ojos a nuestro verdadero propósito. Ahora nuestros días están llenos de alabanza. Te alabamos con todo nuestro ser, honrándote, adorándote en la belleza de tu santidad. Amén.*

---

